



Aprender a aprender **Miguel Alemán V.**

2 de abril de 2008

La mayor aportación de todo sistema educativo es que el alumno aprenda a aprender.

En 1950, en el Colegio de San Ildefonso iniciamos la carrera de Derecho un grupo de jóvenes provenientes de diversas partes del país. Ese grupo sería parte de los primeros egresados de dicha licenciatura en las nuevas instalaciones que tendría la UNAM en Ciudad Universitaria.

En ese tiempo el estudio del Derecho era integral; no sólo era concebido como observancia y conocimiento de la norma y sus orígenes, sino también constituía una disciplina íntimamente ligada a una visión del país, construida con entusiasmo y vocación de servicio, y sustentada en las enseñanzas de un profesorado de alta calidad; lo que dio por resultado a una serie de profesionistas conocidos como La Generación del Medio Siglo.

Nuestros profesores fueron: Mario de la Cueva, Eduardo García Máynez, Kuri Breña, Antonio Díaz Soto y Gama, Antonio Francuas, Ernesto Flores Zavala, Roberto (El Charro) Cossío y Cossío, Enrique Loaeza, Antonio Carrillo Flores, Julio Jiménez Rueda, Salvador Azuela, Juan Sánchez Navarro, Ricardo García Villalobos, Raúl Cervantes Ahumada, Agustín García López, Francisco González de la Vega, José Campillo Sáinz y Manuel Pedroso.

Me permito compartir con los lectores que me enorgullece formar parte de esa generación integrada por Juan Bañuelos Chanona, Miguel Barbachano Ponce, Francisco Borja, Raúl Carrancá y Rivas, Fernando Casas Bernard, Julio Chávez Ojesto, José Juan de Olloqui, Antonio Escandón, Julio Faesler, Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero, Ivonne Loyola, Salvador Mora Hurtado, Mario Moya Palencia, Pedro Ojeda Paullada, Sergio Pitol, Alejandro Rentería y Francisco Serrano Migallón, por mencionar a algunos.

Esa generación se ha distinguido por la alta calidad en su desempeño en los tres poderes del quehacer público, así como por el ejercicio privado de la profesión. Intelectuales, escritores, diplomáticos, empresarios, jueces, magistrados y funcionarios públicos de excepción surgieron de ella. A reserva de omitir, involuntariamente, los nombres de muchos de mis condiscípulos, va mi reconocimiento a esos mexicanos que honran a su patria, su trabajo y a nuestra alma máter.

Esa generación no contó con las tecnologías que hoy en día apoyan el conocimiento, pero tuvo otro punto a su favor: no hacía plantones ni protestas callejeras. Nos enseñaron que las aulas son espacios de respeto y aprendizaje; que, tratándose de educación, un país como México no tiene tiempo que perder, y, por ende, tampoco lo tienen profesores y alumnos. Nos transmitieron que la mejor forma de desempeñar la profesión es mantener una inquietud por el saber. En suma, nos enseñaron a aprender a aprender. Estoy seguro de que esa es una práctica arraigada en todos nosotros y que diariamente aplicamos.

Aun con las contradicciones actuales en materia educativa, también tengo la seguridad de que de nuestras universidades siguen surgiendo talentosos profesionistas, de los que México, hoy más que nunca, requiere para impulsar un avance cualitativo en todos los órdenes.

Tinta de oro

Lamentable la decisión que impidió que se pusiera en letras de oro el nombre de Octavio Paz en la Cámara de Diputados. Dentro y fuera del país se reconoce la vida y obra de quien ganó el Premio Nobel de Literatura en 1990. La tinta de la obra de Octavio Paz tiene más brillo y valor que el resplandor que hubiera tenido el espacio que la Legislatura dejó vacío; tan vacío como la memoria de quienes no lo han leído. ¿Pediremos a los candidatos de la próxima Legislatura que además de saber leer sepan a quién leer?

articulo@alemanvelasco.org

Político, escritor y periodista